BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL
5
ELDA (Alicante)

dahellos

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL
ELDA

ELDA

Incienso

HUMO de incienso son hoy nuestras metáforas, nuestros versos y nuestras prosas, que llegan hasta tu trono, Señora de la Salud, en los días sonoros en que Elda se te ofrece con entrañable plenitud de fervores.

Quisiéramos que no se nos tachara de irreverentes al publicar nuestro deseo de trocar esa flor de lis que el ángel sostiene a tus pies por esta palabra amable y generosa —DAHELLOS—, que también es para nosotros, como la flor de lis, símbolo de realeza, de esa fina realeza del espíritu sobre la materia y de lo ideal sobre las mundanas ambiciones.

A tus pies, inefable Patrona nuestra, cifra y símbolo de las viejas tradiciones que tan hondamente veneramos, depositemos hoy nuestras plumas en cálido homenaje, con el santo deseo de requerirlas luego, ya empapadas para siempre en la luz piadosa y azulante de tus ojos, para que destilen sobre las albas cuartillas y entre el humo de incienso de nuestras más ardientes aspiraciones, la eterna belleza de las ignoradas rutas del espíritu.

DAHELLOS

BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL ELDA

SEPTIEMBRE 1950

DE LOS TIEMPOS REMOTOS

Hace dos mil años

por JUAN MADRONA

Tú, lector, habrás pasado muchas veces por un delicioso paraje donde el Vinalapó, con las graciosas curvas de su hilillo de agua, va cosiendo a las de Elda las tierras áticas de Petrel.

Pero, al pasar por ese viejo camino, ¡qué ajeno habrás estado a pensar que por ahí mismo pasaron hace más de dos mil años las legiones de Roma con toda la gloria militar de los tiempos consulares, y que ahí mismo, donde tus ojos no ven hoy más que unas vulgares elevaciones del terreno, levantaron ellos dos soberbias torres, una en lo alto de cada colina, a ambos lados del Vinalapó! Dos torres (triunfos las llamaban ellos) que recordaban la culminación victoriosa, en esta tierra, de una gran campaña militar, y que, prestigiadas con el carácter sagrado de los templos, fueron magníficos lugares de peregrinación religiosa.

Eran entonces los buenos tiempos de Idella (pronúnciese I-del-la), de la Elda romana, cuando la edificación urbana no estaba donde se encuentra hoy, sino al otro lado del río, a la vera de los triunfos coronados por las águilas invictas. De aquel lugar pagano, devastado, incendiado, regado con sal y maldecido por los sacerdotes cristianos en el año 399 en cumplimiento de órdenes imperiales ¡qué pocos vestigios quedan hoy!

Abarrotado para mí de sugerencias, me invita y me seduce este tema, y he de violentarme para llevar mi pluma por otro cauce, si que también rico en colorido de antigüedad.

Nombres de Elda

Te he dicho, lector, que Elda se llamaba entonces Idella, nombre familiar para tí, gracias a aquel periódico local que logró la máxima difusión en nuestro pueblo. Y por la tangente del nombre me escapo hoy, para divagar un poco sobre los diversos nombres con que desde hace más de dos mil años se le viene llamando a esta hermosa tierra enmarcada entre las elevaciones de Bolón, Bateig, El Cid y Santa Bárbara.

Cualquiera que, guiado por lo que han escrito las plumas locales, quiera saber si los romanos dieron a Elda este u otro nombre, si los moros la llamaron de tal o cual manera, si los godos la designaban con tal o cual mote, se hará un embrollo laberíntico, ya que son muchas las absurdas vacuidades que sobre el particular se han escrito con la mayor desfachatez

Pretendiendo aclarar esta cuestión, hemos conseguido catalogar hasta dieciseis formas que sirvieron a los antiguos para designar nuestro pueblo. Y vayan aquí relacionadas, no por orden de antigüedad, sino al modo más útil a mi propósito. Son: Elo, Ello, Ela, Ella, Ellum, Elda, Adellum, Adella, Idellum, Idella, Idaella, Dahlo, Dallo, Dallo, Dallos, Dalos y Dahellos.

Un nombre milenario

Sin envanecernos de mayor cultura, pero sí de más paciencia para dilucidar este punto, con la ayuda de unos ligeros conocimientos históricos y lingüísticos (un regular conocimiento del latín, unas briznas de árabe y un casi vulgar conocimiento de las leyes semánticas) podemos afirmar que desde hace dos mil años, y a pesar de haber tenido aquí su asiento diversos pueblos, diferentes culturas y lenguas muy disímiles, el nombre de Elda ha sido siempre el mismo. Las dieciseis voces antes anotadas no son más que una misma palabra modificada por artículos y preposiciones y empleada en su doble forma numérica. Esta palabra es ELLA (pronúnciese El-la) con su forma singular Ellum, en romance El-lo. Pero, por favor, no nos diga ningún erudito local que este Ellum es el que se cita en el Itinerario de Antonino Caracalla. Tómese la molestia de comprobar las distancias, meticulosamente detalladas en dicho Itinerario, y constatará que el poblado Ellum del Itinerario imperial cae fuera de lo que hoy es la provincia de Alicante.

Indudablemente fué empleado primero el nombre en singular, cuando esto era sólo un pagus perteneciente a un hacendado dóminus con su cohorte de clientes, libertos, esclavos, etc. Más tarde el magnífico valle hubo de albergar a otros paterfamilias con sus posesiones y su gente. Entonces ya no fué Ellum, fué Ella (El-la), que luego había de pronunciarse Elda, cuando, olvidado ya el latín de los Horacios y Virgilios, iba tomando cuerpo, sobre la urdimbre del sermo rusticus, el vigoroso romance de Castilla.

¿Quién dijo Idella?

Hemos leído algunas veces que los árabes emplearon el nombre de Idella. Esto es absolutamente falso. Los árabes emplearon las formas que empiezan por Da..., ligeramente variadas por la característica movilidad de las vocales en esa lengua. Los que conocen la geografía de Marruecos están familiarizados con nombres como Dar Drius, Dar Quebdani, Dar Riffien, tan semejantes a nuestros Dahellos.

Fueron los romanos los que la llamaron Idella, transformación de In-Ella, como también la llamaron Adella, es decir, Ad-Ella, o sea el mismo nombre Ella (Elda) precedido de la preposición in *o de la preposición* ad. *No vale la pena detenerse mucho en esta aclaración.*

Significado de la palabra Elda

Una última pregunta que aflora a los labios del curioso: ¿Y porqué le dieron ese nombre a estas tierras?

¿Qué significado tiene la palabra Elda?

No es tan vasta nuestra cultura como para sentenciar apodícticamente sobre esta cuestión. Nos acogemos a la opinión de otros más eruditos, según los cuales este nombre, como otros muy semejantes de poblados antiguos, recoge la raiz ibérica eli o ili, que significa algo así como finca de recreo. Así nos lo dá a entender el Poema Milenario del cartagenero Abú-Hassan-Hazim ben Mohamed, del siglo XIII, que se conserva en el Escorial, manuscrito número 454, y que, hablando de nuestro suelo, dice textualmente estas palablas, que son un verdadero poema de la belleza de las tierras eldenses: .. «lugar delicioso, deleite peligroso de los hombres, región de la hermosura. ¡Cuántas veces se encontraron allí los hombres en opuesto camino, y desde aquel momento fueron amigos y camaradas!»

BARRO Y LUZ

Son de barro mis manos; y un gozo de luceros
quiero apresar en ellas en tremante delirio.
Son de barro mis manos... ¡Qué terrible martirio
llevar lastre de arcilla por los altos senderos!

Ya sin párpados, gritan mis ojos, pordioseros,
mendigando la gracia de tu carne de lirio.
Mi corazón en vela se quema como un cirio,
consumido en la fiebre de sus ayes postreros.

¿Y nunca he de lograrte?... ¡Nunca, nunca, Dios mío!
¿Y hay que apurar las heces de este acerbo desvío?
¿A qué mundos hostiles me llevas tras tu luz?

Con un amplio sudario de rosas y de estrellas
cúbreme ya, mi diosa de tu badoras huellas;
que el barro de mi carne se me desgaja en cruz.

PIGMALION

IMPOSIBLE

Yo aprendí de los astros las altas trayectorias,
que relatan en clave fantásticas historias
de dioses, de hecatombes, de un mundo fantasmal.
La Esfinge milenaria me dijo su secreto;
y el Dante, por cien versos, me vendió su amuleto
para ver del Infierno la tragedia letal.

Tras el velo de Isis se me aclaró el misterio;
y escuché cómo reza la cruz de un cementerio,
cuando alarga en la noche sus brazos de piedad.
Nada escapó al intento tenaz de mis antojos.
¡Pero llevo una vida mirándote a los ojos...
sin encontrar en ellos tu escondida verdad!

J. MADRONA

Yo soy como el misérrimo mendigo...

Yo soy como el misérrimo mendigo
que vive de implorar; pero yo imploro
al cielo los ocasos lila y oro
y las noches eufóricas... Y sigo

por médanos descalzo y sin abrigo,
atento sólo al interior tesoro...
Yo sé que he de cruzar cual meteoro
tan solo con la luz que va conmigo.

Yo soy un ser extraño, que camina
por el prisma del tiempo, paso a paso,
entre beso de estrella y entre espina.

Y cuento como triunfo mi fracaso;
y espero ver el alba más divina
al sumirse en las sombras del Ocaso.

FRANCISCO MOLLA MONTESINOS

Reías...

En el agua de tu risa
he lavado mi alma vieja.
Sígueme bañando así
en tu risa limpia y fresca,
que no sabe todavía
de amarguras ni problemas,
ni de instintos retorcidos,
ni de almas contrahechas...
Que aún es toda blanca y clara,
fuente virgen, linfa nueva...

Sigue, pues, riendo así
con tu risa limpia y fresca,
que en el agua de tu risa
yo he de lavar mi alma vieja...

¡Perdemos dinero!

por EL DUENDE DEL MONASTIL

—Como te lo cuento,
amigo Torcuato,
en Elda no hay nadie
que gane ni un chavo...
¿Que no te lo crees?
Escucha mi caso:
Me encontraba ayer
un poco apurado,
(¡las malditas letras
de todos los sábados!)
y me dije, digo:
«Pues iré a Fulano
que es un buen amigo...
y que tiene cuartos»
(Se ha hecho hace poco
un chalet muy majo;
tiene varias casas;
se ha comprado un auto...)
Lo encuentro; lo cojo;
y apenas le hablo
cambia de semblante,
se me pone pálido,
se mesa el cabello,
se estruja las manos,
y me dice: «Amigo,
me coges tronchado.
Esto es un desastre;
esto es un fracaso.
Solo da disgustos
el hacer zapatos.
Mira estos protestos;
las cartas del Banco;
fíjate qué nómina;
fíjate qué gastos:
No sé si podré,
con algún milagro,
escaparme de una
suspensión de pagos...»
Me habló tan sincero,
tan acongojado,
que salí con pena
de haberlo enfocado...
Pero el caso urgía;
había que hacer algo.
Y entonces pensé
buscar a Zutano,
el de los curtidos,
que es tan buen muchacho.
Llego al almacén.
Le busco; le paro,
y le suelto el disco.
Contestóme rápido:
«¡Si que vienes, hombre,
en momento amargo!
Ahora justamente
estaba pensando
si cerrar las puertas
y ahorcarme de un árbol,
o tirarme aprisa
por el Puente abajo.
Esto es una ruina;
no puedo aguantarlo».
Tuve que decirle
cuando hubo acabado:
«Yo tengo seis duros,
si te sirven de algo...»
Pero, ¿a qué seguir?
Así he visitado
a un montón de amigos
de los más granados,
y todos lo mismo:
gimiendo, llorando,
nadie gana nada,
todos arruinados.
¡Qué drama, compadre!
¡Qué horror y qué espanto!
—Pero, ¿y los chaletes,
las casas, los autos,
las fábricas nuevas
que se van alzando?
—¡Quimera, espejismo,
delirio insensato,
en Elda no hay nadie
que gane ni un chavo!...

CIZALLA MAS O MENOS LITERARIA Y FILOSOFICA

por ALBRICIAS

Los poetas viven de la poesía. Ahora, «comer», ese ya es otro cantar.

—

Los tópicos, prejuicios y lugares comunes son los fósiles de nuestro entendimiento.

—

El cultivo del arte, por ser sacerdocio de la Belleza, exige sacrificio.

—

Es doloroso sufrir una injusticia; mas si quien la causa es un hombre, un verdadero hombre, ha de sufrir mucho más.

—

Las faltas de ortografía son las más leves faltas que puede cometer una mujer.

—

El humorismo es el sedimento que en el alma ha dejado el dolor.

—

La dificultad, no está en escribir, sino en pensar lo que ha de escribirse.

—

La cortesía, cuando es excesiva, presupone hipocresía.

—

Alguien que se jactaba de ser hombre fuerte, decía: «Los hombres no lloran». Y le respondió uno, tenido por débil: «Ni las bestias tampoco».

—

Existe el clamor de que la vida actual es muy dura. No. Lo que se ha endurecido es el corazón humano.

—

Me dijeron que era muy distinguida, que estaba altamente educada. Y le oí decir «tío», «machote» y otras lindezas propias del lenguaje de las flores.

—

Siempre hallamos razones para justificar nuestro egoísmo y, por tanto, desoir el dolor ajeno.

—

De atenerse más a las formas que a las esencias nació toda una moral farisáica.

—

El misántropo sufre la quiebra de todos los afectos humanos.

—

Quien tiene espíritu gregario lo mismo se incorpora a un rebaño de ovejas que a una manada de lobos. Todo depende de la oportunidad y conveniencia.

—

BIBLIOTECA MUNICIPAL ELDA

EL LIBRO MENSAJERO

por ALBERTO NAVARRO

HAY una sombra de tristeza en el rostro delgado y pálido de la muchacha que se destaca sobre un oscuro fondo de libros viejos. Sus ojos grandes y húmedos, rodeados de un círculo violaceo se pierden en el panorama mísero de los barracones de libros de ocasión, zoco de los ingenios donde convergen los amantes del libro en busca de ocasiones que frecuentemente encuentran.

La muchacha está inmóvil, con un pequeño librito en el regazo, sentada tras el mostrador donde las cubiertas de colores variados fingen un tapiz policromo sobre las descoloridas tablas. Pocas veces se ilumina su rostro pálido con una sonrisa pero este momento es una excepción. La muchacha ya conoce la figura alta y varonil que ha aparecido ante ella. Es un joven estudiante de Derecho que gusta de vagar por los puestos examinando los libros y adquiriendo alguno de vez en cuando, generalmente de poesía.

—¿No está tu abuelo?— ha preguntado el joven.

—No, pero es lo mismo. Vea lo que guste.

Jaime Blat, que así se llama el estudiante, acepta la invitación y examina los nuevos libros llegados al puesto.

La muchacha silenciosamente lo contempla.

—

Hace días que la vieja caseta del «Avi», como le llaman al abuelo de la muchacha, está cerrada. Esta agoniza lentamente en la cama de un hospital. Detrás del mostrador parecía ser una muchacha normal, pero ocultaba de esa forma sus piernas destrozadas, desarticuladas por un desgraciado accidente. Siempre con su expresión triste, resignada con su desgracia, era el único consuelo de su abuelo. Y ahora, la joven se consume por un mal que los médicos no encuentran y agoniza lentamente en la cama del Hospital.

—Muerte de tristeza— le han dicho al abuelo.

Blat deja atrás las anchas Ramblas y tuerce a la derecha. A pocos pasos cambia el aspecto urbano de tal manera que parece haber recorrido leguas en lugar de unos metros. En vez de los lujosos comercios de atractivos y luminosos escaparates, del amplio paseo bien arbolado y con sus características secciones

de las Flores y los Pájaros que dan nombre a dos tercios de estas Ramblas; en lugar de las elegantes viviendas, deslumbrantes de mármoles y herrajes que flanquean el paseo, se ha encontrado ante desnudos y ennegrecidos paredones, bocas de callejas sucias y tenebrosas y casas agrietadas y ruinosas. Mas allá, la sombría mole de Atarazanas, dignificada por su misión de Museo del Mar. Y brotando del suelo como si fueran hongos apagados, las toscas casamatas de los llibrers de vell barceloneses.

Estos ya conocen al estudiante. Saben de su vagabundear de un puesto a otro, examinando libros encuadernados en antiguo pergamino, volúmenes de «La Illustració Catalana» y del «Museo Artístico» solazándose en la contemplación de los grabados en boj, hoy sustituidos por la realidad que dan las «Kodaks» y «Leicas».

Blat llegó al tenderete del «Avi» y repasó la balumba de libros que se amontonaban allí. Conocía casi todos los libros que poseía cada barracón, incluso su colocación que solo se variaba para introducir algún libro nuevo para sustituir los vendidos. Una raya oscura entre dos lomos blancos llamó su atención. Era un librito de poesías de un poeta oriental que Blat tenía gran interés en saborear. Después de repasarlo detenidamente pregunta al viejo librero:

—¿Cuánto vale este librito, «Avi»?

Este se sobresalta, como si saliera de un sueño. Mira el libro y dice con voz apagada:

—Por ser para tí, una peseta.

Pareciéndole muy barato, el joven entregó la peseta y se marchó, seguido por la mirada triste y extrañamente cansada del viejo.

El billete, hecho una arrugada bola, cayó sobre el regazo de una vieja que pedía limosna unos pasos mas allá.

—

Una vez solo en su cuarto de pensión, Blat apartó de su mesa los voluminosos libros de texto y colocó frente así su adquisición. No le gustaban los libros forrados, le daban una sensación de interinidad, de muebles enfundados, de que llevaban guardapolvo o delantal, traza impropia de objetos que unían a su poder de difusión cultural un alto valor decorativo, frustrado por el sayal gris del forrado. Despaciosamente, como se le quita el velo a una recién desposada fué quitándole el papel que cubría la cubierta.

Una blanca hoja doblada cayó sobre la mesa y quedó inmóvil. Blat la abrió, curioso. En letra menuda y elegante, la carta decía:

«Te he esperado... tan intensa y fuertemente que la angustia de la espera ha sido más fuerte que el deseo de verte llegar.

«En mis noches torturadas, saturadas de soledad, consteladas de lucecitas vagas de ilusión, he añorado tu presencia junto a mí; la expresión de tu lectura cálida y enamorada. Como a las princesas durmientes de los cuentos infantiles, yo deseaba que llegara el caballero que hiciera revivir en mí, con un dulce

beso, un ansia nueva de seguir existiendo. Pero el caballero no ha llegado y la princesa muere en un prolongado sueño, agitado y poblado de visiones que la hacen gozar y sufrir.

«Yo guardaba un manantial inxhausto de ternuras para tí, soñaba con rodearte de solicitudes mientras el aroma de todas las flores embalsamarían el escenario, de nuestros besos... pero tú no has llegado y mi corazón se ha cansado de esperar por más que mi alma ha intentado aguijonearle con la esperanza. Pero, ¡ha esperado tanto! Cuando este libro llegue a tus manos, como se que llegará, no me busques ya, reza por mi alma torturada que murió de amor. ¡Te he querido tanto!»

—

¿Estamos en el siglo XX? ¿Quedó atrás el XIX con sus luces de gas, sus poetas románticos y suicidas, sus lirismos exaltados y amores imposibles? ¿Hay todavía quien muere de amor?

El tiempo ha dado una vuelta hacia atrás.

—

Blat, la mejilla apoyada en una mano, la mente revuelta en encontrados sentimientos y dudas, relee la carta. Es demasiado sincera para ser un capricho romántico de alguna mujer en un momento de tedio. No, Blat siente la angustia de su culpabilidad inconsciente. Pero, ¿sería para él la carta? No tiene nombre, pero la tinta es reciente.

El joven rebusca en lo mas recóndito de sus recuerdos buscando una mujer de vida tan intensa como se revela en la carta. Enseguida rechaza las visiones de obreritas, modistillas y estudiantes que le va pintando su memoria.

Y nuevamente machaca su cerebro la pregunta:

—¿Quién será?

—

A la mañana siguiente, el «Avi» lo recibe con gesto ausente y la amargura pintada en su arrugado rostro:

—No se de quien pueda ser ese librito, Blat.

Pero te ruego una cosa...— el viejo se paró como sin saber de que forma proseguir.

—Diga Vd. —le animó el joven.

—Solo te ruego que lo conserves siempre contigo, como si fuera una reliquia de alguna persona querida..

Asombrado, Blat vió cómo una lágrima resbalaba por las mejillas del viejo antes que éste transpusiera la remendada cortina de su librería y desapareciese.

El librero del puesto contiguo comentó, dirigiéndose a Blat:

—Desde que murió su nieta está desconocido— y terminó moviendo la cabeza —No terminará bien...

—¡Cómo! —preguntó, asombrado Blat— ¿murió aquella muchacha?

—Si, hace unos días la enterraron.

—

Algunas noches, cuando la vida febril de la urbe ha callado, la soledad del pequeño cuarto del estudiante parece que se ilumina con un tenue resplandor y que una voz lejana y dulcísima musita:

—¡Te he querido tanto...!

Y entre los cendales de su sueño, Blat siente la leve presión de unos labios ardorosos en los suyos.

—

Bocetos

por ENRIQUE CHINCHILLA

Eres ambicioso. Quisieras dominar la ciudad donde vives. Tú crees que tu ambición es un secreto, pero te engañas, pues es del dominio público.

Yo lo sé mejor que nadie, porque sin que tú me veas, te sigo cuando marchas a la inmensa atalaya que preside el valle y, en su cima, miras con gesto de conmiseración la ciudad extendida a tus plantas.

Y yo, que desde abajo te contemplo, me río de tí.

Escucha: ¿Recuerdas la parábola del retrato de Dorian Gray, cuando el joven aristócrata disoluto y libertino se enfrenta con su imagen y al ver reflejados en el cuadro los estragos de su vida licenciosa, poseído de terror, rasga el lienzo con un puñal y muere en el acto? Pues mira: en nuestra vida todos tenemos un retrato en que se van reflejando paulatinamente nuestras calamidades, nuestras taras morales y físicas, aunque de momento no nos percatemos de ellas, como le sucedía al protagonista de la leyenda; pero llega un día en que nos damos cuenta de que somos una ruina; y entonces, asustados y desesperados, queremos destruir también nuestro retrato; pero como no somos leyenda, no tenemos más remedio que arrastrar nuestras miserias hasta el fin. ¡Eres joven! Piensa, pues, en la enseñanza de esta parábola y frena tus pasiones.

En las noches de tormenta en que los relámpagos se suceden sin fin y los truenos retumban poniendo rictus de miedo en los rostros de los medrosos, pienso en los pobres caminantes que a la intemperie están afrontando las furias de los elementos.

Cuando el aire, loco, silba a través de los árboles y se filtra por los intersticios de las ventanas, yo me encojo en mi lecho, como si las ráfagas de aire frío pudieran envolverme y lanzarme sin piedad al espacio.

Se que si un rayo se precipita implacable sobre mi casa, un pararrayos abrirá sus fauces y absorberá su potencia destructora. Se también que toda el agua que en alusión cae se encauzará por canales y desagües y será recogida por ramblas y arroyuelos.

Por eso, porque siento mi inmunidad, esos caminantes sin protección alguna son para mí como héroes legendarios que hacen guardia en el inmenso templo de la noche, y por ellos rezo una oración.

Ha llovido torrencialmente. Las calles se hallan húmedas y fangosas. De trecho en trecho, con la superficie rizada por el airecillo que sopla, charcos y más charcos. Un niño chapotea con sus botas altas charoladas en el centro de un charco. Otro, de aspecto humilde, calzado con unas leves alpargatillas, también surca el arroyuelo con riesgo de coger una pulmonía.

El niño de las botas altas, con un corazón como una torre de grande, mira a su humilde competidor, y sin pronunciar una palabra, se quita una bota y, la trueca por una alpargata. ¡Ya están en igualdad de condiciones!

En esto llega su aya; y al ver la escena, descalza al otro la bota, obliga al suyo a ponérsela y tras un tirón de orejas se lo lleva. El bondadoso niño refleja en su mirada una triste sombra de resignación, y el niño pobre le sonríe...

ES MEJOR ASI

MARZO 19...

Soy ya precoz Otoño; tú, Primavera nueva.
es tuyo el Porvenir.
Con el corazón roto, te doy este consejo:
aléjate de mí.
No intentes, temeraria, apresurar la Vida:
ya llegará el Sufrir.
Sueña entretanto; ríe; vive tus ilusiones:
sé feliz, muy feliz.
Mañana, cuando el Tiempo florezca en los cabellos
de tu sien de marfil,
entonces —solo entonces— recuérdame algún día
y ruega a Dios por mí.
Por mí, que mansamente —como se apaga un eco
y se extingue por fin—
consumiré mis días, apartado, en silencio,
pensando siempre en ti.

FILOSOFICA

Sobre la mesa en que garrapateo
estas líneas cortadas que pretenden ser versos,
ha saltado, ágilmente,
un gato, negro y blanco, muy pequeño.
Se detiene; contempla
con sus ojos, redondos, pardo-azules, abiertos
el correr de la pluma.
¡Y qué atento la mira!
Tal vez él imagina que es algún juego nuevo.
Después me mira a mí:
en sus ojos inquietos
hay una interrogante de extrañeza curiosa:
«¿Para qué todo esto?
Papeles, pluma, ideas...
¿Para qué? ¿Con qué objeto?»
Preguntas torturantes
aún viniendo de un gato, de un gato blanco y negro.
Pretendo contestarle; medito unos instantes;
y cuando creo hallada respuesta... ya no es tiempo:
sobre la mesa, el gato...
¡se ha quedado durmiendo!

VII - 1930

EDUARDO GRAS

Chapiniana

por JULIO A

ENMUDECIO la campanita, y en el aire quedó la vibración de su bronce. Fué apagándose el seco golpear del hacha del leñador en las entrañas del robledal. Cesó el sonar de las esquilas en el polvo de los caminos que se despeñan, como ríos, monte abajo, serpenteando por el verde de los praderíos e internándose en la fronda oscura de olivos y encinares, hasta morir en la negrura de las angostas calles que suben al pueblo.

Entre los frutales de un huerto fulgen los cristales de una ventana con irisaciones del estaño de la tarde. Dentro, en la habitación, solloza la música de un piano con sentimiento de vida enferma. Lo toca una joven de cuerpo menudito, rostro de cara afilado por el padecimiento, con un dejo de santidad de virgen aldeana; mirada dulce, languideciente, en la que hay un deseo de vida y una tristeza de muerte. Sus cabellos rubios, rebeldes, caen en una caricia de ondulaciones sobre el cansancio de sus hombros. Su música es patetismo, vehemencia de juventud, nostalgias de lo inacabado fundiéndose en un grito de rebeldía contra el destino. Es estremecimiento del alma ante el presentimiento de la tumba fría entre los muros de un cementerio aldeano.

Todas las tardes busca la intimidad de su viejo piano, fiel amigo a quien hace partícipe de las inquietudes de su vida, de las sutilezas de su espíritu, de las ansias de su corazón.

Al oscurecer, cuando las gentes regresan de las faenas del campo, su música se diluye en la serenidad de la tarde. Hombres y mujeres desfilan con recogimiento religioso por las pinas calles del pueblo. Las miradas se detienen en la ventana y los gestos de compasión van brotando de los rostros de tierra de los campesinos: «El mal se la come; ya no queda persona; su vida se apaga».

De esa idea de muerte, del frío de su proximidad, es de la que intenta alejarse, cubriendo la tétrica imagen de la realidad con el velo de su música. Música que le hace recordar sus días felices, cuando reía y cantaba con sus compañeras de estudios. Un ramillete de promesas y ensueños de felicidad era su vida de entonces. Ahora, la fiebre la abrasa; se encoge y llora porque la tos martillea su pecho, desgarra su garganta y anega de sangre su boca.

Al paso del tiempo, su mirada se recubre con una gasa tupida de tristezas; sus ojos se hunden en la fosquedad, y las sombras de la muerte se dilatan en su vida.

Presintió el fin, el fin de su vida y de todo lo que ella significaba. Sentada ante el piano una tos desgajó su pecho y de su boca brotaron rosas de sangre caliente. En la crispación de sus dedos se retorcía la partitura de un nocturno de Chopín. En el suelo yacía su cuerpecito inerte. Un beso de sangre quedó impreso en la blancura del teclado.

Ya entrada la noche, las campanas esparcían el dolor de sus bronces; el cielo lloraba lágrimas de estrellas, y desde el tapial, se escuchaba el sollozar de una viejecita.

Poemas

DE

Francisco Mollá Montesinos

DOBLE DESEO

A TI, UNICA

Cuando vaya a morir
—¡oh, momento, momento!
y me vaya a esparcir
en los brazos azules del viento...

Cuando tenga conciencia
de que voy a dejar de ser cruz,
y quizás recobrar la inocencia
inicial de la luz...

Cuando llegue el supremo momento
de dos mundos mirar a la vez,
aún dejando en el uno un lamento
y en el otro empezando a ascender...

Cuando vaya a saber el misterio
de la Vida o la Muerte,
y, de luz o de sombra, el imperio
desentrañe... ¡quisiera tenerte

a mi lado, tremante, embebida
en mi doble deseo final:
despedir en tus ojos la vida,
y en los míos mostrarle de huida
la ruta inefable de un mundo ideal!...

TU ULTIMA PALABRA

Sobre lo que dice el Viento
dime la última palabra.
—Honda voz de lejanías,
voz azul, grito del agua.
Sobre lo que dice el Mar
dime la última palabra
—Sal de tí, sal de tus venas
canta la Mar en tí, canta.
Sobre lo que dice el Sol
dime la última palabra.
—Beso omnipotente, beso
de Vida y Muerte y Luz y Alma ..
Sobre el Viento, el Mar y el Sol
dime la última palabra.
—El perfume va en el Viento,
el éter nace del agua
y el color, siendo incolora;
y a la luz va la palabra.
De la luz, grito remoto,
sendero de cruz le llama;
y su primera sonrisa
será a tu última palabra.
Pero entonces el azul
será canción en tu alma;
al final de tu alarido
comenzará la palabra.

P A N

¡Oh, ruda de voluntades
en vía-crucis del alma,
que muestras al sol la trémula
floración de tu esmeralda!
Eres canción de presencia;
verde júbilo de cañas;
sustancia de pensamiento;
bíblica fuente de gracia.
Grito de sangre y de espíritu,
voz de luz idealizada,
ascensión de la materia
a la altura de las lágrimas.
¡Pan! Sacrificio de vidas
por ser nota y ser palabra...
¡Sinfonía de la norma!
¡Sustanciación de la Gracia!
El grano deja de ser
por no ser en sí la Nada;
y es entonces en el Todo
pensamiento, vida y alma.
La simiente, como Cristo,
parece sacrificada
por nosotros, y a nosotros
viene en pan y en Hostia sacra.
El es la divina carne,
que en carne nuestra se encarna.
¡El Dolor y el Sacrificio
en rudas de la esperanza!
¡Oh Pan! Dolor de belleza,
evaporación de lágrimas,
levadura del progreso,
¡Luz y carne del mañana!

Romancero eldense

por VICENTE TORDERA

DON Luis Antonio Coloma,
Conde de la villa de Elda,
sobre el puente de la nave
dos peregrinos espera.
Los esperados no vienen;
los peregrinos no llegan.
Vista aquella su tardanza,
ordena darse a la vela,
y la nave parte rauda
de aquel puerto de Cerdeña.
Atrás va quedando el puerto;
adioses atrás se quedan.
Sobre el mar azul celeste
el barco veloz navega,
bajo un cielo azul marino,
que comba todas las velas.
Corre que vuela la nave;
las ansias corren que vuelan.
Hay olvidadas a un lado
dos cajas en la bodega,
que antes de zarpar el barco
los peregrinos trajeran.
Son de madera las cajas;
la quilla es frágil madera.
Llega el velero a Alicante;
bajan las cajas a tierra,
y en la tapa ven escrito

con letras de luz: «Para Elda».
Corriendo llaman al Conde,
y el Conde corriendo llega.
Don Luis Antonio Coloma,
Conde de la villa de Elda,
ordena que las dos cajas
las suban a una carreta.
Las llevan robustos bueyes;
recios romances las llevan.
Luego de largo camino,
vencida la última cuesta,
llegan al pueblo los bueyes,
tirando de la carreta.
Ya están en Elda las cajas;
los gritos ya están en Elda.
Sacristán, cura y monago
el alcalde, la alcaldesa,
todo el pueblo alborozado
corren a ver la sorpresa.
Juega en las nubes el Sol;
las nubes, curiosas, juegan.
Y en abriendo las dos cajas,
caen todos rodilla en tierra.
En una Cristo en la cruz,
la Virgen en la otra encuentran.
A verla corren las flores;
las auras corren a verla.

Un rincón eldense...

La plaza de Arriba ¡qué abajo se ha
quedado ya con el estirón que ha dado
nuestra urbe! tiene a todas horas un aire
de convaleciente, desde aquel día en que
le extirparon los apiñados pólipos de sus
tenderetes pueblerinos. Ahora se esponja
con lánguida fruición bajo el azul sensitivo
de los cielos, mientras caen sobre ella,
gota a gota, remansándola de beatitud
y de ensueño, las amplias campanadas
de las gemelas torres parroquiales.

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL ELDA

Como fué nuestro Alcázar

por ALBERTO NAVARRO

¿Como fué nuestro Alcázar en sus tiempos de esplendor? ¿Cual era su aspecto cuando erguia sus pardos muros sobre el peñón señorial junto al Vinalapó?

Estas preguntas nos han asaltado varias veces al contemplar sus ruinas desoladas y sus piedras dispersas, y a darles veraz respuesta va encaminado este trabajo.

Escasas son, ciertamente, las noticias que sobre la estructura del castillo dan nuestros escritores en manuscritos, apuntes y revistas. Menos todavía puede hallarse en harchivos locales ya que no he conseguido encontrar alusión alguna a este particular. Con aquellas, pues, y con los vestigios ruinosos que los siglos nos han dejado he construido los pilares de mi hipotético edificio.

Extendíase sobre el llano del cerro formando un rectángulo irregular cuyo centro era un ancho patio con una cisterna enmedio. Este patio adornábase con los amplios ventanales de un salón orientado al Norte, llamado regio por la esplendidez de su instalación. Los ricos artesonados que ernaban sus techos de sus salones causaron la admiración de quienes los vieron aun en su época de decadencia. Constaba de dos pisos sobre el nivel del suelo y uno bajo este, cuyas entradas todavía se pueden apreciar hoy. El Alcázar tuvo solo una torre circular que es la que hoy se conserva, en contra de lo que se afirma en antiguos manuscritos que pretendían tuvo dos torreones flanqueando la puerta de entrada.

No puede negarse que su constitución aplastada —en oposición a la airosa

(Sigue en la pagina 36)

DOS GLORIAS ELDENSES

por J. MADRONA

BIEN podríamos enorgullecernos con justicia, llamando a Elda la Atenas del Vinalopó, o con más propiedad la Roma levantina, ya que también aquí, como en las márgenes del Tiber, las bellas letras fueron del brazo de la elocuencia y del derecho.

En otra ocasión pusimos de relieve la figura genial del malogrado Francisco Laliga. Hoy recogemos los nombres señeros de Don Juan Rico Amat y Francisco Ganga Ager (El Seráfico)

FRANCISCO GANGA AGER (EL SERAFICO)

DON JUAN RICO Y AMAT

Don JUAN RICO Y AMAT

Si Alcalá de Henares tiene la gloria de haber dado al mundo la colosal figura del ingenioso hidalgo Don Miguel de Cervantes, Elda puede enorgullecerse de haber sido cuna del príncipe y señor de la sátira española en el siglo XIX, el inagotable Don Juan Rico, que prodigó su pluma en finas ironías y agudezas contra todos los títeres de su empecatado siglo, como Cervantes prodigara la suya contra los asendereados libros de caballería. Sólo que tuvieron diferente suerte; porque luchar contra gigantes, leones, endriagos, etc. y acabar con ellos es más fácil que luchar contra caciques, jefes de partido y mandamases de toda ralea, que fueron la caballería andante y reptante de nuestro siglo XIX.

No es que vayamos a parangonar el mérito literario de nuestro paisano con el del genio que no ha tenido

(Sigue en la página 22)

APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LA

PRENSA ELDENSE

por ALBERTO NAVARRO

—¡En Elda hace falta un periódico!

—¡Elda necesita una revista!

¡Cuántas veces han escuchado estas o parecidas frases las paredes del Casino, las tertulias, los despachos, los paseos! ¡Cuántos castillos de papel impreso se han edificado y han caído por sí solos!

Y sin embargo, Elda cuenta con una noble ejecutoria entre los pueblos que han rendido culto al periodismo. Rara es la época, en este medio siglo, que no ha dado su grito valiente en las calles algún periódico o revista local.

Buena muestra de la raigambre adquirida entre nosotros por esta idea es que en 1932 el semanario «Horizonte» propugnó la creación de una Asociación de la Prensa Eldense, que, naturalmente, no llegó a realizarse, pese a la adhesión entusiasta de cuantos en aquel tiempo significaban algo en las letras vernáculas.

En la revista «Albor» (Septbre. de 1934) hallamos una lista de publicaciones eldenses que cuenta estos títulos: «*EL BIEN GENERAL, EL VINALAPO, EL PANTANO, LA BANDERA RADICAL, EL TIJERETAZO, HERALDO DE ELDA, EL ADALID, EL REFORMISTA, CULTURA Y PROGRESO, EL LIBERAL, EL 75, CULTURA, AMANECER, EL TIRAPIE, REPUBLICA, IDELLA, EL LATIGO, EL RADICAL, HORIZONTE, REBELION* y *PROA*». En total veintiún títulos a los que se pueden añadir éstos, posteriores a esta data o no mencionados: «*EL CENTENARIO, EL LIBERAL DE ELDA, ELDA EXTRAORDINARIO, ALBOR, EL CRONISTA, EL PENSAMIENTO ESCOLAR*, (revista escrita por niños escolares), *PEREGRINACION, ELDA GRAFICO* y finalmente nuestro *DAHELLOS*. No aseguraría yo ser exhaustivo este nomenclator, pero de éstos son de los que ha quedado referencia, ya que no muestra de algunos. Casi todos ellos fueron de vida efímera no pasando algunos del primer número.

Otros, como *EL VINALAPO*, *EL REFORMISTA* e *IDELLA* gozaron de luenga vida ya que rondaron los 200 números. Tal vez no fuera ajena a esta longevidad la garantía económica, el casi mecenazgo, que prestaron a los dos últimos D. Manuel Maestre Payá y D. Manuel Maestre Gras respectivamente. El retrato del primero en la esquela que publicó el *REFORMISTA* en ocasión de su muerte acompaña estas líneas como homenaje póstumo a su labor pro-Elda.

Los temas sobre los que versaban los artículos eran generalmente una posición política determinada, las campañas pro mejoras urbanas, los comentarios satíricos, etc... A veces se ponían tan pesados en sus campañas que estoy seguro de que el Ayuntamiento, sólo por no leerlos más, realizaba las obras pedidas. Algo de esto dirían las piedras del Puente Nuevo y la Estación si pudieran hablar. Citaré a un señor que a lo largo de varias semanas fué publicando en *IDELLA* cuartetos como éstos:

No tenemos un Parterre
donde ir a pasear
los domingos por la tarde
y las fiestas de guardar

Por no tener un Paseo
nos vamos a la Estación
y se ponen los vestidos
hechos una perdición.

y así machaconamente, semana tras semana. He llegado a creer que si se hizo el jardín de Castelar fué para que se callara este pesado cuartetista.

En la lectura de los escasos ejemplares salvados a la veracidad de «las máquinas de Emérite» se advierte la intensa actividad de hombres que defendieron los intereses de su pueblo con las plumas en la mano. Los Maximilianos G. Soriano, Amadis, Martín de Gales, Payá Lira, Insa, de Asis y otros hicieron una labor fecunda, concentrando las opiniones del pueblo para hacerlas llegar a altos oidos, insistiendo sobre ellas y velando incansablemente por el progreso material de nuestra ciudad, y por su elevación cultural, cumpliendo así el alto fin que la Prensa tiene asignado. Lástima que este poder, en otras manos, no sirviera más que para crear rencillas y malentendidos como vemos en algunos articulillos locales.

Nuevamente tengo que insistir en la lamentable falta de una Biblioteca local, donde se hubieran podido encontrar estos ejemplares hoy dispersos y pulverizados, que un día fueron actualidad palpitante y en los que quedó prendido el tiempo que pasó. Ese tiempo que es hoy recuerdo gozoso para algunos y grato para todos.

Y esto es la prensa Eldense. Sepulcro de ilusiones de gloria... sudario de cacahuetes y «torraos»... solaz de probos varones en el café, en la barbería o donde pueda leerse sin pagar... ludibrio de los que olvidan que un tonto callado es igual a un sabio... Esto en su aspecto pesimista; en el óptimo enos significa vitalidad de un pueblo que se agiganta en todos los órdenes, inquietud de almas que no admiten las cadenas de la vulgaridad, aventura de los que sueñan con epatar a nuestros genios de la pluma.

Y unos papeles amarillentos, olvidados en cualquier rincón entre otros muchos que sólo saldrán de allí para su destrucción y muerte.

parangón en el mundo. Pero hay ciertas facetas en la producción literaria del escritor eldense, que nos llevan a asociar ambas figuras. Y es la primera de ellas la agudeza sutil y acerada, pero sonriente y comprensiva, bondadosa, muy humana, con que uno y otro lanzan sus dardos hacia la diana que se han propuesto.

Buena prueba de la bondad, de la cordialidad inmensa que hubo en las sátiras de nuestro paisano es el hecho de que todos, tirios y troyanos, hasta los mismos satirizados, sonrieran con benevolencia y elogiaran las obras del insigne escritor festivo.

Verdad es que también a Don Juan Rico, como a todos los abogados de su tiempo, le mordió la serpiente de las ambiciones políticas. En su juventud fué Jefe Civil del Distrito de Alcoy, luego Secretario de Isabel II, Comendador de la Orden de Isabel la Católica, etc. Pero descarguémosle de este pecadillo en aquel tiempo inevitable en un abogado joven y de gran valía. Perdonémoslo, puesto que no tardó en hastiarse de aquella farándula, alejándose de ella a los 29 años, para entregarse con alma y vida a las letras.

Si exceptuamos la Historia Política y Parlamentaria de España, obra en siete apretados tomos, y algunas composiciones poéticas de carácter cortesano, toda la vasta producción de Rico es satírica, descollando dentro de este género sus obras teatrales, que durante doce años se fueron estrenando en el Teatro del Príncipe, de Madrid, y que luego, ya impresas, fueron el regocijo y solaz de todos los públicos en los teatros de toda España.

De estas obras dramáticas, todas versificadas con fluidez y lozanía, fueron las más celebradas: Misterios de Palacio, La Escuela de las Madres, Vivir sobre el País, ¡El Miércoles!, y ya puede el lector imaginarse lo que sería la última que escribió, El Infierno con Honra, cuando, después de impresa, no hubo quien se atreviera a representarla en aquellos años en que se gozaba de una tan frondosa libertad para dar rienda a las plumas y a las lenguas.

Más suerte que sus obras teatrales han tenido sus epigramas, de los que hemos visto algunos en antologías y selecciones, y que son hoy por hoy la única referencia de nuestro Don Juan Rico en los manuales de Historia Literaria.

Por último, para dejar bien perfilada la figura del gran satírico eldense, no podemos dejar de aludir a sus campañas periodísticas, colaborando unas veces en periódicos madrileños, como La Esmeralda, La Ilustración —en este publicó en folletón una novela cuya trama se desarrollaba en el alcázar eldense—, o fundando él mismo periódicos y revistas, siempre de carácter satírico, como La Farsa, Don Quijote, etc., poniendo siempre en la picota los vicios de aquella sociedad embrollada y decadente.

Mucho nos gustaría publicar aquí, para regocijo y comentario de nuestros lectores, algunos párrafos de su Diccionario de los Políticos. Pero Dahellos, con sus alas blancas y su vuelo de altura, no quiere descender a ras de las humanas flaquezas, y se contenta con adornar sus páginas con unos ligeros

epigramas, pequeñas flores de la ubérrima cosecha del insigne eldense.

Mi esposa, dijo un marido,
tiene muy hermosa cara;
pero gasta sin sentido,
y es una cara muy cara.

—

Un cojo, un tuerto y un manco
un destino pretendían,
y el cojo lo consiguió
por hacer más cortesías.

Un zapatero bebió
más de lo que es menester,
y de un palo a su mujer
tuerta y sin dientes dejó.
Díjole el juez: Es preciso
que se modere a otra vez.
Y él contestó: Señor juez,
ha sido sólo un aviso.

— — —

EL SERAFICO (Francisco Ganga Ager)

Hablar del Seráfico en esta comarca del Vinalapó es contar por anticipado con un coro de sonrisas benévolas. De boca en boca han pasado, desgastándose, transformándose, como cantos rodados, las picarescas ocurrencias del bardo procaz e inspirado; hasta tal extremo que nombrar al Seráfico es hacer surgir en la imaginación un campechano borboteo de vinazo tinto y de versos ágiles y punzantes como avispas. Y más aún se nos ahinca esta imagen tabernaria y lírica a los que hemos visto su único retrato y nos hemos detenido ante su calva mefistofélica y su boca golosa, amplia y apretada, doctora en plebeyas degustaciones de pecaminosas ambrosías.

De boca en boca van desde hace un siglo los versos del Seráfico. Pero, más que en sus versos, yo encuentro una poesía honda, vibrante y cálida en el recio poema de su vida bohemia, libre y sin trabas, orgulloso de su miseria y de su genio, en una plétora interior de generosidades.

Sabemos que tuvo valiosos amigos, como Castelar y el obispo Cubero, que pudieron y quisieron acomodarlo a la vulgar medianía del vejetar común. Pero él era un inadaptable, es decir, un poeta. No un poeta académico, vacuo y artificioso, sino un verdadero poeta, bárbaramente sincero, como si el corazón lo llevara por fuera, en su insolente y desfachatado coranvobis.

Por eso es tan comprensible, tan familiar, tan unánimemente celebrada su obra poética. Porque hay en ella una sinceridad brutal, que es ejecutoria de legítimo poeta, junto con una generosidad evangélica que hasta de los propios dolores saca para sus hermanos fina miel de poesía festiva, y una santa conformidad con su suerte, que le hace ver en todas las cosas el matiz amable que Dios ha puesto en ellas para nuestro consuelo y salvación.

¡Qué lejos del Seráfico, por ejemplo, aquella negra exclamación de Parra, el bohemio cartagenero:

«Sin fe, sin religión, sin ley ni freno
que pueda detenerme en mi carrera,
mi vida es una eterna borrachera.»!

BIBLIOTECA MUNICIPAL ELDA 59

No; el Seráfico tiene fe, tiene religión, y, aunque al terminar una de sus décimas pueda decirnos, como el buen cura poeta Gonzalo de Berceo,

«yo creo que bien vale un vaso de buen vino»,

sin embargo no llegará, por señorío y distinción espiritual, a las repulsivas escenas de la borrachera.

No fué, como acaso se nos ha dicho, un hombre inculto y zafio. Las décimas que él compone con tanta fluidez y perfección, los ovillejos tan acertados y chispeantes que nos quedan de su musa, nos dicen que el Seráfico tenía una más que mediana cultura literaria; que había leído a los buenos poetas, y había estudiado, seguramente en régimen de autoeducación, las reglas de la métrica. Dejémosle como fué; como se nos revela en sus composiciones genuinas; ni tan zafio que ignorara la escritura, ni tan docto que mereciera el honor de las antologías. Un hijo pródigo de la poesía, que malgastó en banalidades más o menos ingeniosas el enorme caudal de inspiración que Dios le había dado. Eso y nada más fué el Seráfico. Un Esaú de la literatura, que por el cotidiano vagabundear a la golica del buen mosto vendió la gloria literaria que pudiera haberle correspondido.

Pero era carne del pueblo, y el pueblo lo mantiene en más alto pedestal que a otros eldenses mucho más conspicuos. Ochenta años hace ya que sus huesos yacen en el cementerio. Muchos más han de pasar para que su memoria se pierda entre las gentes de Elda, entre esas buenas gentes que truncan y metamorfosean los versos del poeta bohemio.

Como esos incondicionales admiradores del Seráfico, tú también, lector, me agradecerás que, para terminar estas notas, brindemos mano a mano por la gloria del bardo eldense, levantando cada uno, como sencillo vaso de familiar vino poético, una décima de las tan hábilmente talladas por nuestro vate.

Coge tu vaso, tu décima, lector, la que más te agrade, y brindemos

DOS DECIMAS DEL SERAFICO

¡Pobre de mí sin ventura,
que por ser un calavera,
me acuesto bajo una higuera,
durmiendo entre la basura!
Como Dios desde su altura
no me envíe hasta aquí abajo
otro más limpio trabajo
y el que tengo se me pierda,
siempre estaré entre la m . . . .
igual que el escarabajo.

Purísima Concepción,
por tu Hijo te suplico
que la señora de Rico
tenga mejor corazón;
que se avenga a la razón
como ente racional;
que la avaricia es un mal,
y a mi parecer opino
que habiendo subido el vino,
debe subir el jornal.

Motivos

por CARLA GONZALVEZ

Plaza de Castelar

CUANDO la lluvia de los ojos claros cae sobre el jardín, lo deja como limpio de melancolías.

Chorrean las brillantes hojas gotas de cristal y el césped se yergue fino y flexible, guardián de rojos geranios que lanzan el grito de su color entre la transparente cortina verde.

Sobre ellos, las copas de los puntiagudos pinos contenplan sombrías el cielo, emanando un perfume denso, casi tangible.

En la transparencia de la tarde recién lavada, se destacan las rosas como ramilletes de versos esparcidos por un poeta loco. Aquí las blancas y frágiles derramando pétalos, más allá las altivas rosas de té, o las encendidas en rubores, rosas escarlata, aterciopeladas y suaves, o las pálidas y soñadoras.

En bulliciosa confusión aparecen los amarillos de las dalias, la bola de nieve de las margaritas, las puntas de encaje de los claveles, el morado de las violetas y casi aras de tierra, como ensimismados, un plantel de pensamientos.

El jardín está solitario, cargado de aromas, desbordantes y secretos.

En un semicírculo, el baladre, entrelazando sus ramas, ha formado una muralla de flores, y, muy cerca, la mimosa viste su túnica verde y oro.

Hay un árbol que lanza su perfume como un reto.

Canta el león su isócromo poema sobre las aguas verdosas del estanque surcado por libélulas azules; las ranas le hacen coro.

Plaza de los Mártires

También tú sabes de cortejos y de susurros al filtrarse la brisa por entre el ramaje espeso de tus árboles cenicientos; de tardes claras que colorean la grava de tu suelo y amarillecen tus escaleras igenuas.

Tienes el alma vieja, con recuerdos de gritos chorreantes y losas desportilladas.

Guardas en el fondo de tu seno un suspiro perfumado que lanzas al anochecer y queda flotando con ansia de acariciar las frentes.

Para oir las confidencias de tus bocas yertas, te rodean los arbustos y las flores, y tu voz en la noche pone escalofríos de misterio en el azul y blanco de los azulejos.

Plaza de la Prosperidad

Tiene rostro de viuda joven. Retraída, silenciosa, melancólica...

Brotan de su corazón puñados de flores sencillas, de talle esbelto y gracioso; claveles rosa, verdes, rojos y algún rosal que expende sus ramas,

zarcillos nupciales, entre palitroques, con un gesto amparador.

Modesta y quieta, con quietud de tarde dominguera vacía de multitudes, perdida en amorosas añoranzas o en sueños de travesuras que la hacen sonreir bajo los rayos de sol, parece esperar a través de los días y de las horas y de los años, siempre quieta y humilde, algo inaprehensible, vago, indefinido, como la sombra de la felicidad.

Placeta del Hospital

La ermita, la fuente... y el árbol, una vieja acacia, encorvada, exuberante de finas ramas y sedosas hojas que forman un dosel sobre la fuente negra, que se adormece con el canto de los chorros para despertar plácidamente al sonido de la campanita mañanera.

Bañada de sol o aterida de crepúsculos, mirando al cielo o a la ronda de ásperos cántaros y panzudos botijos, la vieja acacia sabedora de infinitos chismes y de los más recientes sucesos, contempla filosóficamente el paso del tiempo, hasta la hora en que se acuesten los pájaros.

Avanzan los gorriones saltando graciosamente por los tejados y se lanzan al asalto levantando un tropel de protestas que convierte la frondosa copa en una teoría de gorjeos.

La noche, que todo lo ensombrece, ilumina el mojado pavimento con el encendido reflejo de una bombilla.

La boca de bronce de la campanita golpea dulce y tristemente los aires.

Se han dormido los pájaros; canta la fuente; el árbol... reza.

Así la presiento

Así es como la quiero...
con la voz suave y tibia,
vaporosa... y alada,
y niña, siempre niña;
y que tenga unos ojos
que no encubran mancilla
—floreciendo inocencia
radiante en sus pupilas—;
y por boca un estuche
de rara pedrería;
y por cabellos, oros
en millares de fibras...
Sus mejillas, cual rosas
salidas entre sueños
de algún ramo de auroras.—

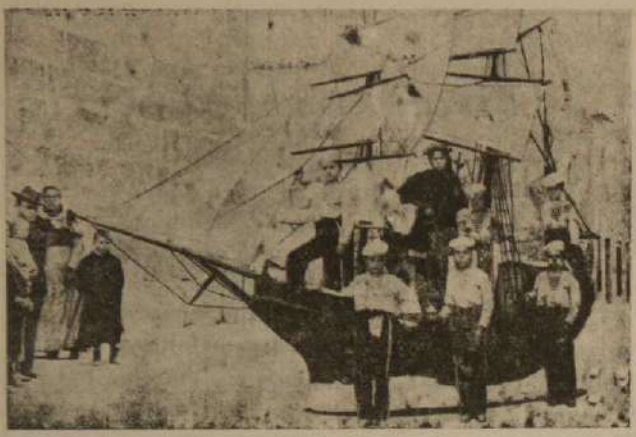
Yo la quiero en la risa...
movida, como flor
por celeste caricia;
y yo la quiero pura,
la quiero limpia, limpia,
y suelta, como un canto
navegante en la brisa;
¡no quiero que malogre
sus virginales dichas!
Y yo la quiero sola,
gobernando la nave
de mi cabeza loca.

MANUEL VICKDO

¡Una billoteca!

Tia Salú, ¿no ha visto
imprentao en Dahellos
que ponen que dicen
que quieren ponernos
una billoteca
pa tos los que lemos,
pa que nos destruya
y nos desasnemos,
leyendo novelas
sin pagar un séntimo?
¡Qué ganas tenía
que argún impretero
se acupara en cosas
dirnas de este pueblo!
Alli habrá Coyotes
por cientos y cientos,
chistes baturricos,
cuentos y tebeos,
novelas de amores,
de crimen, de miedo,
novelicas de esas
de la casa Pueyo,
que traen turculencias
de asasinos negros
y caras que asustan
cuando nos dormemos,
y novelas grandes,
las de a real cá pliego,
de esas que te sacan,
cuando vas leyendo,
cá lágrima asina,
gorda como un güevo.
¡Qué idea han tenio!
¡Qué argullo pa un pueblo
traer tanta cencia
pa tos los que lemos!
El amo e mi fábrica,
que es hombre muy périto,
que se lee un Coyote
en menuto y medio,
dice que a este paso
tos semos talentos;
porque hay que afijarse
lo que deprendemos
los grandes y chicos
leyendo, leyendo.
Yo, anque de corría
no puedo leerlo,
a mi poco a poco
todo lo compriendo,
y por la letura
me quito hasta el sueño.
Por eso le digo,
Salú, que me alegro
que estos que a empujones
redartan Dahellos
se haigan proponío
que nos deslustremos,
que nos destruyamos,
que nos desasnemos.
¡No digan que en Elda
semos alfabetos!

EL DUENDE DEL MONASTIL



EL BARCO

Y OTRAS FACETAS SEPTEMBRINAS

por ALBERTO NAVARRO

En las 343 ocasiones exactas en que se ha celebrado la fiesta de Elda por excelencia, la Septembrina, se ha ido introduciendo una variedad de festejos que, cambiando a lo largo de los años han mantenido, sin embargo, la unidad de fondo de la fiesta. No poseo datos ciertos de cómo se celebrabran en sus comienzos estas fiestas, pero a juzgar por el ambiente de las épocas tendremos que suponer que hasta bien entrado el s. XIX estas solemnidades tenían un fondo netamente religioso, dejando algunos rinconcitos para que la gente del pueblo se solazara en festejos profanos como las becerradas y titeres en la explanada del Castillo, los partidos de pelota, los «igneos y fragorosos» castilletes y las «monumentales» tracas Es más tarde cuando la fiesta comienza a hacerse más profana con la inclusión en el programa, ese simpático programa atiborrado de ditirámbicos motes, de festejos cívicos en profusión. Pero se evidencia que la verdadera razón de ser de las Fiestas es la católica cuando al advenimiento de la República se suprime la exteriorización del fervor religioso que antes se traducía en Solemnes Salves, Misas cantadas y las grandiosas procesiones en las que participaba el pueblo entero. Buena muestra de esto es una «Carta al ausente con motivo de las fiestas» publicada en la revista ALBOR, nada sospechosa de catolicismo, en 1933, que decía: « Se da como seguro la celebración de las tradicionales procesiones. Si se confirma habrás sido un vidente. No comprendías su supresión; yo solo puedo decirte que en las pasadas fiestas la gente andaba como desorientada, cual si le faltara algo durante el anochecer de los días 8 y 9. Unas procesiones sin marcado carácter confesional, que no pertenecían a una determinada congregación, ¡que eran genuinamente populares! no podía transcurrir mucho tiempo sin que volvieran a verificarse.»

Y tras esta afirmación de la dualidad —Iglesia-Pueblo— de estas fiestas septembrinas, sobrevino el caos 1936-39, en que no se pudo pensar en fiestas porque otros quehaceres más trágicos precisaban de todos los esfuerzos. Y desde el venturoso año 1939 nuevamente se han desarrollado nuestras fiestas en su doble aspecto que colma los anhelos de los eldenses en general, deslizándose a lo largo de su programa algunos motivos que se ocultan modestamente como si no tuvieran luz propia suficiente para brillar. Fijémonos en ese barco de madera pintada que es hoy nuestra «foto olvidada», alzando sus velas anacrónicas sobre varios marineros con el antiguo uniforme. Este es el «barco» arrumbado en 1904 por el «San Eduardo» sacrificado en 1936. ¡Qué pocos hombres de hoy no añoran los días en que vestidos con el traje de marinero correteaban entre jarcias y obenques, junto a los amenazadores cañoncitos, o empujándolo con ruidosa algarabía sobre sus ruedas de madera! Este antiguo velero, la carabela «San Eduardo» o la que hoy «navega» por nuestras calles, es uno de los más simpáticos detalles de nuestra fiesta, y si no me creéis que se lo pregunten a los niños que todo el año sueñan con surcar mares de cartón pintado sobre la firme cubierta del barco, impasible a todos los vientos marinos.

Otro festejo que casi siempre pasa desapercibido es el famoso Globo que lanzado al aire tras una meticulosa preparación se eleva presentando la panzuda imagen de un rubicundo señor que se mece apaciblemente en los cielos, dando suaves vaivenes hasta que desaparece hecho un puntito rojo a lo lejos. Después nos dicen que ha aparecido en Sta. Bárbara o en Sax, pero es mentira. Todos los señores panzudos y rubicundos que se lanzan al cielo con su oronda curva henchida de nubes van a caer a un cielo especial para ellos en el que están todos los globos que se van tirando en fiestas y donde se realizan tremendas tertulias en las que cada cual cuenta lo que vió en su ascensión. Los globos que a lo largo de los años han ido agujereando los cielos de Elda hacen cenáculo aparte y se cuentan entre suspiros las fiestas septembrinas que han visto y animado.

Y por último y fuera de programa, hay otro festejo que a pesar de no estar incluído se celebra ritualmente en la mayoría de los hogares eldenses. Si fuera yo miembro de la Comisión de Festejos insertaría este parrafito entre una «sorprendente y atronadora» traca y un «extraordinario concierto»: «Día 8, de dos a tres de la tarde: Colosal y pantagruélico festín de «fasiuras» en todos los hogares de la población».

Creo se debiera poner un pliego de firmas solicitando la inclusión de este popular festejo en los programas de los años venideros. Estoy seguro se llenaría inmediatamente de grafismos.

BIBLIOTECA MUNICIPAL ELDA

EX-ELDA

por ANTONIO PORPETA

DESPUES de la efímera noche del tunel, y tras el creciente aumento de claridades gozosas, la brava magnificencia del paisaje se extendía ante sus ojos ávines. El pueblo, en apagados tonos ceniza y ocre se agrupaba junto a las ruinas rojizas del Castillo. La huerta se dilataba amplia en todas las tonalidades del verde, hasta el fondo en que Petrel dormía un sueño secular bajo el oro muerto de su Castillo. Al final la geometría azul del Cid y la curva valiente y rotunda de los Chaparrales. Más a la izquierda la sierra del Caballo con su vaga semejanza a una pirámide egipcia, se perfilaba nítidamente sobre el azul brillante de la mañana de Septiembre.

Joaquín, con la emoción sin lágrimas de los grandes momentos, hundía la mirada en el paisaje amado donde transcurrieron sus primeros años, rememorando escenas vividas que conservaba íntegramente en el archivo sentimental de su alma. Hacía veinticinco años, que faltaba de Elda y recordaba el día de su marcha con dolorosa exactitud. Una tartana desvencijada, al trote lento del caballo entre polvo y monotonía de colleras, le condujo a la estación. Era un claro día otoñal, y en el cielo —no se le había olvidado por uno de esos inexplicables caprichos de la memoria— había una nube quieta, redonda y blanca, como tallada en mármol y en la que ya empezaba a dormirse el astro de la tarde. A partir de entonces, una vida azarosa y aventurera, con el mosáico de infortunios y placeres caprichosamente mezclados por el Destino, hasta que después de unos años de trabajo había logrado reunir una regular fortuna y volvía a su pueblo a hojear con anhelo y nostalgia el venerable álbum de los festivales de Septiembre.

—

Las primeras impresiones de su pueblo fueron francamente gratas. El cambio había sido total. Del pueblo pequeño, casi aldeano con humilde vida familiar que él dejara, a la ciudad limpia y sonriente con barriadas amplias y edificios modernos mediaba un mundo. El estaba alojado en casa de unos parientes que vivían en la calle nueva, y la perspectiva de esta vía llena de espléndidos comercios, Bancos y Cafés, no la identificaba absolutamente nada con la que él conoció. Habíase transformado enteramente la morfología de la ciudad, y si quería encontrar algún jirón de su niñez tenía que ir a buscarlo a las callejuelas retuntas del barrio del Castillo o a los huertos frondosos de la vega.

—

La noche de la Alborada sufrió el primer desengaño.

No era la emoción fervorosa y solemne del momento de las doce. No era el silencio contenido y expectante de todo un pueblo esperando la primera campanada para dar comienzo a sus fiestas estruendosamente entre músicas, lágrimas de entusiasmo, volteos gloriosos, sonoros estampidos y encendidas flores de oro y carmesí volando por el aire. Ahora por el contrario el desconcierto y la indiferencia eran los trofeos que con más alarde se ostentaban. Cuando ya habían dado las doce sonaba la explosión de la primer bomba... Algún rato después empezaba una Banda a tocar un pasodoble... Momentos más tarde, cuando ya creía que estaba terminado todo se escuchaba la trepidación de una traca... y así lo demás sin armonía ni coincidencia. Y al comparar las brillan-

tes noches de la Alborada que él contemplara de niño con éstas, lánguidas y descoloridas de ahora, gustó por primera vez los acibares de la desilusión.

—

Se levantó temprano el día siete. Con impaciencia mal contenida y a medio vestir abrió las maderas del balcón y afanosamente se acodó en los hierros. Un vaho de municipal vulgaridad le dió en el rostro. La calle permanecía idéntica a los otros días.

Como le viera taciturno, le interrogó su primo:

—¿Qué te pasa, Joaquín? ¿Has visto en la calle algo que te pusiera de malhumor?

—Nada, hombre, nada... Que esperaba encontrarme la calle cubierta de verde como antes, y ya ves... todo desnudo, como un día cualquiera.

—¿Y por eso te pones así? ¡Yo creía yo que era otra cosa! Hace ya muchos años que se perdió esa costumbre. Estaban bien las calles cubiertas de verde. A mí me gustaba el efecto de vista. Pero los chiquillos arrancaban el adorno y ensuciaban el suelo. Además en el río ya no hay cañas; es muy difícil encontrar taray... Tampoco hay hombres que se brinden a traerlo...

Joaquín recibía mansamente el chaparrón de lugares comunes que ni los solicitaba ni le convenían, porque en su alma sencilla estas flechas de aldeana desidia le producían dolorosas heridas imperecederas. Cerrando los ojos evocaba la fantasmagórica visión digna de un cuadro de Anglada Camarasa; la calle glorificada por el triunfo del verde en las fachadas, como si la alegría del campo se metiera en el pueblo a oleadas de color y de perfume para unirse al júbilo general; tenían las calles un discreto y amable silencio al resultar amortiguados los ruidos por el espeso tapiz vegetal que engalanaba las paredes. La huerta enviaba su jocunda embajada de hojas, de tallos verdes y de ramas aromáticas para darle color y ambiente al festejo de un pueblo de orijen netamente campesino. Luego, por la noche, al pasar la procesión el conjunto se magnificaba; los farolillos de papel medio encendido entre la artificial floresta parecían mágicas flores de luz que irrumpían bizarramente al paso de la imagen... Y la emoción espiritual y la noble pagania del ornato agrario tenían una feliz asociación.

Mientras, la voz monotona de su primo seguía desgranando el rosario de sus tópicos manidos.

—

¡Dulce angustia de la mañana del día ocho! Inefable despertar con el alma sorprendida por un voltear de campanas de oro y los acordes de un pasacalle. Recordaba las rituales palabras de los programas antiguos: «Al despertar de este día tan glorioso y feliz para los hijos de Elda...»

¡Día de la Virgen! Por fin iba a gozar el anhelado día que le traía en loco torbellino los amables recuerdos de la infancia remota. Día señorial, cénit del año en la vida gris del pueblo. Satisfactoria densidad litúrgica con aromas de salvia y brillos de ornamentos sagrado y olor de cera y nubes de incienso. Derroche de alegría popular, chispazos al sol de los metales de la Banda, trepidación de tracas, risas femeninas, cobertores de vibrantes colores en los balcones, guirnaldas de luces por todas partes y al final el grito ensordecedor y unicordial de todo un pueblo ¡Viva la Virgen de la Salud!, bajo la cúpula del templo, escarchado de vívidos puntos de oro.

Al revivir en su imaginación los memorables instantes que iba a saborear de nuevo, una agilidad desconocida le hizo vestirse con rapidez y salir de su cuarto.

Sorbió regaladamente el sabroso chocolate con tiernos rollicos y rubias magdalenas, mientras de cuando en cuando oía las nueve campanadas —en tres grupos de tres— anunciaban con tenaz insistencia que había sermón. Toda la mañana, como un raso azul, estaba bordada por estos nueve tañi los soñolientes que daban sensación de solemnidad y cansancio augusto del día de fiesta.

—

Una densa atmósfera de salvia, tomillo, cera, perfumes femeninos y multitud aglomerada, había en la Iglesia cuando él entró. El sentido del olfato es el que más alto poder evocativo tiene. Ya lo dijo Grandmontaigne con muy sutiles razones. El aroma, como un duendecillo travieso, pincha con sus alfileres aéreos, al recuerdo impreciso, y éste, antes desvaído, se despereza, bulle y por fin se presenta espontáneamente con todos sus detalles. Así no es de extrañar que nuestro amigo Joaquín, el buen eldense que retornaba al hogar tras larga ausencia, experimentase una deleitosa impresión al percibir los olores mitad sacros, mitad mundanos del Templo en aquel día. En deliquio recogido y místico fué viviendo mentalmente los similares momentos de aquellos alejados días, mientras sus pies se hundían en la grata blandura de la montesina alfombra de hierbas. La misa se deslizaba con lenta majestad y la música de Eslava era como el fondo del cuadro íntimo que en su pensamiento se desarrollaba. En el Ofertorio una Banda interpretó el Andante de la Quinta Sinfonía de Beethoven. En su inventario espiritual de tradiciones desaparecidas echó de menos el Villancico que la orquesta solía tocar al subir el predicador al púlpito. Iba advirtiendo que el árbol frondoso de los festejos septembrinos había sufrido numerosas podas, signo evidente de la relajación del sentido artístico de la época. Anotaba con dolorosa minuciosidad las faltas y pequeños detalles que, si a primera vista no tenían importancia, a la postre mermaban brillantez al conjunto.

—

Después de un copioso vermouth trasegado incómodamente entre oleadas de calor, saludos de antiguos conocidos y lejanos acordes de una Banda que casi no se oía por el rumor de las conversaciones, regresó a su casa fatigado y con un poco de aburrimiento y desilusión. Ya estaba la mesa puesta, y otros invitados forasteros reían y charlaban sentados junto al balcón.

Por oír a su primo probó a pulsar el arpa de la ironía que como todo sentimental, tañía admirablemente, desde los graves jocosos hasta los finos humorísticos; y muy serio preguntó:

—Escucha, Juan José. ¿Qué vamos a comer hoy? Supongo que serán macarrones, como es costumbre de toda la vida, ¡claro!

Se le quedaron mirando todos, estupefactos, como si hubiera preguntado un absurdo espantoso. Por fin reaccionó su primo y pudo exclamar:

—¿Pero qué haces? ¿Qué no te acuerdas de que hoy se come cocido con relleno? ¡Parece mentira, hombre! ¡Vaya un eldense!

—¡Ah! ¿Pero se ha perdido la costumbre? ¿Seguía en esto la tradición? ¡Caramba! Ves que, aunque habéis perdido un poco de corazón, conserváis el estómago íntegro. . No todo han de ser pérdidas.

Como muy bien dice Azorín, la ironía no es por lo general comprendida en los pueblos y aquellas palabras produjeron un poco de recelo entre los presentes, que duró hasta que el festín pantagruélico, cantando un himno a los manjares y al buen vino, puso lucecitas de optimismo en los ojos y risas placenteras en las bocas ahítas. .

—

Asomado al balcón tras el vistoso cobertor de seda grana, esperaba

Joaquín el paso de la procesión. Ya había sonado el tercer volteo y no tardaría mucho en aparecer las primeras luces por el extremo de la calle. El conjunto del cuadro tenía la gracia ingenua de una acuarela romántica. Grupos de muchachas cogidas del brazo paseaban lentamente por la calle con encantador ritmo provinciano. Las aceras estaban repletas de gente que esperaba para presenciar el acto. En la oscuridad de los zaguanes se vislumbraba confusamente los rostros de los que pacientemente esperaban. Se advertía en el ambiente una vibración de impaciencia mal contenida, de anhelo vivo... Muchas luces en las fachadas del Casino y los Cafés, pero Joaquín pudo comprobar que en muy pocos balcones estaban las lámparas que en sus tiempos no fallaban en ninguno, dando con su brillo unánime un carácter típico a la calle. Pero lo que más le decepcionó fué la ausencia del «altar» que cerraba la calle con una gloriosa floración de rosas de vivísima luz entre cuyos destellos, una imagen ponía el candor de su aparición. Lo veía mentalmente, en azul magnífico, tapando la fachada de la casa del fondo y sirviéndole de apoyo varios tablones adornados de verde. Ahora nada; la casa desnuda mostrando la oquedad indiferente de sus balcones.

Otro repique de campanas que ahora sonaba lejano y turbio, como si los antiguos bronces ya cansados de su denuedo, inclinaran lánguidamente sus copas sonoras. Ese volteo especial, de ritmo lento, denotaba que la Imagen ya estaría por las calles. Efectivamente, al poco tiempo hubo un rebuelo en el público que deambulaba, se espesó el gentío, aparecieron racimos de cabezas en los balcones y tímidamente, vacilantes, brillaban las primeras velas al doblar la esquina. Muy adelantado, el barco avanzaba ya con sordo rumor, arrastrado por los marineros; se paraba un instante; se oía un silbato y volvía a ponerse en marcha bamboleándose lentamente. Joaquín lo veía con simpatía; le traía auras fragantes de sus años mozos. El también se vistió un año de marinero y lució con orgullo el traje azul, y fué por la tarde con los demás compañeros, recogiendo almendrados y rollicos por las casas, con un pañuelo grande que llevaban colgado al brazo. ¡Cuánto tiempo había pasado!

Pero ya el doble rosario luminoso llenaba enteramente la calle de arriba a abajo, y la Virgen, con un leve balanceo, se acercaba con majestad suprema, entre una apoteosis de luz, haciendo doblar a su paso todas las rodillas y poniendo la humedad de lo inefable en los ojos...

Repentinamente, una voz gruesa sonó a su espalda con acento victorioso:

—¿Qué le parece la procesión este año, Don Joaquín? Usted que tiene un espíritu crítico tan fino para las tradiciones de Elda, no le habrá encontrado defectos, ¿verdad?

Volvióse airado para repeler al importuno que le distraía de sus meditaciones. Era un comerciante hijo del pueblo pero que residía en otro de la misma provincia. Con gesto mitad condescendiente, mitad irónico esperaba la respuesta mientras el doble cristal de sus lentes refulgía en la penumbra.

—La procesión, en efecto, ha estado este año muy lucida —concedió Joaquín— Mucho entusiasmo, mucha veneración, pero, amigo mío, está mutilada, estropeada en su íntima esencia.

—¿Estropeada? ¿Y por qué? No comprendo...

—Pues es muy fácil de comprender, señor mío. He estado pacientemente esperando que llegara la «parada», que sonara la traca y que se cantara el Villancico... Y nada. Ahora mismo, asómese Vd., la Imagen está en la otra esquina de aquí arriba, y ¡como si tal cosa! No hay tampoco Villancico.

—Le advierto a Vd. que ya se suprimieron hace algunos años, porque se

vió que desordenaban la procesión y costaba luego mucho ordenarla de nuevo. Al llegar la parada, los hombres se metían en las casas de los conocidos a descansar y luego había que empezar de nuevo a arreglar las filas. El acto resultaba muy pesado y la entrada muy tarde.

—Todas esas razones que yo respeto, aunque no comparto, las he oído mucho estos días ¡Peregrinas razones! El que la procesión se desordene en la «parada» no es motivo para suprimir el villancico, porque se le quita su carácter genuino al acto. Esa desbandada de los fieles es un artístico desorden; es un paréntesis de jovialidad popular en medio de una ruta espiritual. Y no olvidemos que si la Virgen es «Rosa mística», no en balde lleva el título también de «¡Causa nostrae laetiae!». Ahorrando el villancico nos privamos de oír una hermosa plegaria de inspirada música procedente del archivo local, y las filas se desordenan lo mismo, como puede Vd. ver ahora. Sí, amigo mío, esta procesión no es la verdadera, la que vió Castelar con emoción. Por este camino de las supresiones cautelosamente progresivas se llegará pronto a la abolición total de las fiestas, si los que deben cuidar de su sostenimiento se dejan seducir, como hasta ahora, por la Sirena de la Brevedad.

—Verdaderamente lleva Vd. razón, pero no veo solución a este asunto. Nuestra psicología es así; alegre y despreocupada. ¿Viene Vd. conmigo a ver la entrada?

—¡Vamos donde Vd. quiera!

—

Cuando llegaron, en el templo había pocas personas. Empezaban a encenderse las luminarias en las bóvedas altas. Un capellán menudo y nervioso agitaba vivamente una campanilla, dando órdenes a los que en lo alto encendían las velas. El prodigio repetido desde año inmemorial iba surgiendo con celeridad; era un derroche de luces en mil fantásticas combinaciones, como una sublime nevada de copos luminosos mágicamente inmóviles. Un brillo deslumbrador, como si todas las estrellas del firmamento se aglomerasen en temblorosas filas de lucientes puntos. Toda la iglesia, como una inmensa granada de oro, vibraba en fúlgidos destellos, cuando entró la Virgen en una apoteosis de entusiasmo.. Y cuando sonó el primer viva, parecía que las luces gritaban en coro angélico o que las voces brillaran como luces.

Joaquín, perdido en un rincón, lloraba en silencio la suprema emoción del instante, pináculo de las fiestas. Luego era la subida de la imagen pausadamente, mientras se despegaban con lentitud los escalones del trono y la iluminación iba desapareciendo. Manos invisibles iban apagando las notas de aquella sinfonía dorada. Los collares de velillas subían con rapidez, oscilando y algunas se quemaban del todo con una llama larga que ascendía vorazmente.

Aunque a última hora, había gozado de un espectáculo que encontró invariable y auténtico. Hondas raíces del solar patrio.

—

Una tarde del Novenario con tintes otoñales —nubes rojas del poniente y quejumbre de campanas— abandonaba Joaquín su pueblo. En su alma cansada había un poco de desencanto. Vino buscando a Elda y encontraba una Ciudad populosa, alegre, modernizada, pero sin los aromas seculares que eran la flor de su hidalguía. Ciudad magnífica que sufría la paradoja de ser menos Elda a medida que crecía. Ahora, Ex-Elda.

ELDA, 1933

OJOS TRISTES

Anoche, tu mirada
erraba, triste, lejos...
¿Te atormentaba acaso
el dolor de un recuerdo?
¿Ilusiones truncadas
o la voz de lo Eterno?
No, no: no me lo digas;
mas óyeme un consejo:
Aunque te duela el alma;
aunque se te hunda el cielo
de la ilusión más bella;
aunque el aullante perro
de la tristeza muerda
tu corazón maltrecho,
no salgas a la calle
sin adoptar el gesto
indiferente y vano,
arrogante y soberbio...
Sufre risueña; esconde
el dolor en tu pecho.
Que nunca, nunca, pueda
trascender el secreto
del íntimo sagrario
de tu pesar interno.
Debes guardarlo siempre:
¡es tu joyel más bello!
Para el mundo, la máscara
de la risa sin freno;
el tesoro valioso
de tu angustia y tu anhelo,
para tí solamente...
¡Qué sabe el mundo de éso!

VII - 1930

PASAN LOS AÑOS

La luz enfermiza de luna y estrellas
se quedó, temblando, prendida en tus ojos...
¡Era que llorabas...!

Bajo el cielo negro de la noche aquella,
junto al mar en calma; que acunaba amores,
recogió la brisa las tristes palabras
del adiós por siempre que nos separaba.

Rielaba en tu frente la luna de otoño;
cantaban las olas su eterna sonata;
y entre los suspiros del agua y la brisa,
¡también suspirabas...!

Pasa el tiempo aprisa, y las cosas pasan,
y la sutil tela de nuestra memoria
el olvido rasga.

Pero hay impresiones, tan hondas, tan
a fuego grabadas, (fuertes
que ni el tiempo borra ni el olvido acalla.

Tal es el recuerdo de la noche aquella
en que se prendieron, temblando en tus lágrimas
luces nerviosas de luna y estrellas; (mas
cuando tú llorabas...

Buscando consuelo, releo tus cartas...

VII - 1930

E D U A R D O G R A S

figura de los castillos de Petrel, Villena, Sax y otros que elevan sus torres del homenaje sobre la mole parda de sus murallas— no era de fortaleza sino de palacio señorial. Y así, fué, porque consta en documentos de la época que en siglos sucesivos fueron habitándolo diferentes señores y señoras de alta alcurnia, como se verá a renglón seguido.

Erigióse el Alcázar sobre la primitiva fortaleza morisca aproximadamente en 1292, siendo Doña Violante, hija del infante D. Manuel la que lo inició, continuándole la reina Sibilia de Forcia, esposa de Pedro IV de Aragón. Esta fué desposeida en 1387 por su hijastro, D. Juan II, que entregó el señorío de Elda a su esposa Doña Violante de Bar, quien se retiró a éste al quedar viuda, completando la construcción y adorno del Alcázar y habitándolo hasta 1424 en que lo enajenó a Ximen, Pérez de Corella, Conde de Cocentaina que también moró en él, así como sus sucesores los Condes de Coloma y Cervellón, nombrados Condes de Elda desde 1500.

El gráfico representa el ángulo NO., viéndose el torreón circular que hoy se mantiene en pié. De los otros frontis quedan evidentes vestigios para demostrar cual era su extructura externa. Al frente S. esquinado por dos torreones macizos que achataban los ángulos se alzaban dos torres gemelas, cuadradas, que servían de atalaya a la magnífica vista del valle en toda su belleza de égloga. Entonces agrupábanse las casas al pie del castillo, llegando apenas a la calle de San Roque y desde allí, desparramándose hacia el sur, en casitas aisladas de los moriscos que con su paciencia inagotable y su ciencia milenaria de la agricultura habían convertido el valle en un maravilloso vergel, delicia de los ojos de las castellanas.

Del angulo SE. partía el elevado acueducto que unía el Castillo con la colina hoy del Depósito, sostenido por recios pilares que dieron nombre a la calle así llamada hasta nuestros días.

Este fué nuestro Alcázar. Sus piedras martirizadas, al recibir el beso helado de la luna evocarán nostálgicamente, con el fondo musical del viejo Vinalapó, su época de fastuoso esplendor. Y entre sus muros desmoronados tal vez vaguen las sombras difusas de las reinas que en él encontraron sedante para su honda tristeza.

IMPRENTA BERENGUER - NOVELDA